

Los milagros de San Lagente

Precisamente, a Jorge Marziali esta cuestión de la personalidad saqueada de los argentinos le viene preocupando desde hace algún tiempo. No es algo deducible del contenido formal de sus canciones, que rara vez se detienen en lamentar las derrotas.

Por el contrario, la preocupación está implícita en su obstinada actitud poética por evitar la capitulación; en su insistencia por alcanzar, con trazos de historia y paisaje, la fórmula estética para revertir el resultado de una batalla que parece perdida.

Homenajes, decíamos. Perón, Borges, Jauretche, el Che y Discépolo conviven en "San Lagente" sin molestarse entre sí. Seguramente, porque a Marziali no le preocupan las competencias para establecer el gen argentino, ni las tensiones historiográficas emitidas en blanco y negro. Las canciones recuperan serenamente el valor emblemático de estos hombres notables del pasado argentino, sin apelar a veneraciones ni sentencias; inspirándose menos en el icono que en la herencia literaria, intelectual o política.

Dos canciones destacan en este andarivel. Una, "Cuando Perón era Cangallo", donde se revisa con ritmo milonguero las incompatibilidades electivas del peronismo. Símbolos y tendencias que se entrecruzaron con fervor a lo largo de su historia, van deslizándose sobre una melodía, precisa y solidaria con las palabras, que -como en todo el disco- los arreglos musicales no desmerecen. Interviene el actor Juan Palomino, de quien no se puede decir lo mismo.

La otra, "Así hablaba Don Jauretche", construye una suerte de salmo del pensamiento nacional. Es la proeza del disco. Recuperando del olvido al poema "El Paso de los Libres", pasa en limpio los argumentos y el estilo del creador de FORJA, para constituirse en una contundente apelación a la conciencia nacional autónoma de nuestro pueblo. La suave cadencia campera de la canción hace el resto.

Intimismos. Sin olvidar cómo andan la cosas, Marziali se detiene en los afectos. Le canta a la paternidad reflexiva, junto a su hijo Simón; también al

amor maduro y al amor fugaz.

El paisaje interior, la bronca y la nostalgia se dosifican en composiciones que le permiten, por ejemplo, invitar amigos (Juan Falú y Alberto Suárez, entre otros); demostrar que está en un momento artístico inmejorable y darle varios pases de gol a los arregladores musicales Fernando Chalup y Tato Finocchi que -insisto- cumplen sobradamente con el mandato.

En cuanto a los refritos, "El niño de la estrella" le agrega bastante poco a la versión anterior. Pero "Los obreros de Morón", en cambio, es una cúspide musical e interpretativa gracias al increíble Alfredo Abalos, quien le imprime a este clásico de la música popular un registro expresivo único.

La edición está sumamente cuidada. Un dato no menor, puesto que "San Lagente" puede ser uno de los objetos expuestos y compartidos de la casa. Es más, creo que está pensado para escucharse en las previas del asado; en las reuniones de aquellos que todavía se juntan a discutir las mejores estrategias para transformar la vida o en todas las pequeñas resistencias a una época signada por el narcisismo y los auriculares. Por Manolo Giménez